

ros al ver que en casi todas las moradas de los indios habia huesos humanos, cráneos colgados en las paredes, huesos de piernas y de brazos y otros adornos no ménos fúnebres.

—No hay duda, dijo Colon, estamos en el país de los caníbales ó caribes, feroces guerreros á quienes temen mucho los indios de las otras tierras que he descubierto, porque de cuando en cuando invaden sus hogares, y no solo se apoderan de sus riquezas sino de las personas que desuellan guardándolas con cuidado en sus alberguez, en donde celebran festines con sus carnes, de los que quedan esas reliquias.

CAPITULO XXXIX.

Desaparicion de un capitan y ocho marineros.



pesar del esforzado valor de todos los que acompañaban al almirante, sintieron vivos deseos de volverse á bordo, y así lo hicieron.

Pero Colon con unos cuantos anduvo dos leguas en un bote costeano la isla, y gracias á este viaje explorador halló al anochecer un puerto bastante cómodo.

La isla se extendia por aquella parte más de veinte leguas, erizada de altas montañas y cubierta de llanuras espaciosas y verdes valles.

De cuando en cuando entre las arboledas, y al pié de los arroyuelos, se veian pequeños lugares formados por chozas, y sus habitantes huian amedrentados al ver la magnífica escuadra que se balanceaba cerca de ellos sobre las ondas del mar.

Los navegantes habian hallado un puerto seguro, y allí pasaron la noche.

Al dia siguiente dispuso Colon que algunos capitanes embarcasen con algunos hombres, y tomasen distintos caminos á fin de explorar la isla y de llegar á adquirir relaciones con sus habitantes.

Ojeda fué uno de los que salieron al frente de unos cuantos hombres á cumplir esta órden.

Diego Márquez, esforzado capitan que se habia distinguido mucho en las guerras contra los moros, y habia sido destina-

do por los reyes para formar parte de los navegantes, fué uno de los jefes que llevaron á cabo el propósito del almirante.

Cada cual por distintos lados, aunque sin separarse mucho, recorrieron la isla sin apartarse de la costa, y á la tarde volvieron con un niño y varias mujeres.

De éstas habian podido apoderarse por sorpresa, pues sus esposos, al ver cerca de sí á los extranjeros, confiaron su salvacion á la fuga.

Uno de los indios de Guanahani que acompañaba siempre á Colon en calidad de intérprete, habló con aquellas mujeres, y por las noticias que dió á su amo coligió éste que se hallaba en una de las islas caribes.

Supo ademas que los habitantes de aquella se habian coaligado con algunas de las más próximas, y juntos invadian de cuando en cuando las demas, exterminando á sus moradores y apoderándose de sus bienes y sus mujeres, que llevaban como esclavas á su isla.

Sus ligeras canoas, únicas embarcaciones que conocian y empleaban en sus expediciones, podian recorrer hasta ciento ó ciento cincuenta leguas en medio del mar sin que jamas zozobrasen.

¡Tal era la pericia de aquellos hombres para desafiar con tan endeble barquilla la furia de las olas!

Las mismas mujeres que cayeron en poder de los europeos iban armadas con arcos y flechas.

Estas tenian las puntas formadas por espinas de peces, y estaban ademas envenenadas con el jugo de algunas yerbas ponzoñosas.

Al volver los caribes de su expedicion, solian llevar consigo ademas de las mujeres, hombres que destinaban á sus festines con una alegría sin igual.

La narracion del indio de Guanahani, de resultas de la

conversacion que habia tenido con los primeros sobrecogió algun tanto á Colon, más que por nada porque todavía no habia regresado de su viaje explorador el capitan Diego Márquez, ni los ocho hombres que le acompañaban.

No dudaba Colon que desde su embarcacion, disparando las lombardas sobre aquellos habitantes, no tardarian en hacerlos huir si por acaso volvian en grandes masas á desafiar á los que consideraban como sus enemigos.

Por este lado no tenian recelo alguno.

Pero no podia ménos de sentir que un soldado tan bizarro como Diego Márquez, que era ademas capitan de una de las carabelas, hubiese sido victima de la voracidad de aquellos salvajes.

De todos modos, mandó tratar muy bien á los prisioneros para que pudieran en su dia dar acerca de ellos los mejores informes á sus compatriotas, y aguardó á bordo con gran impaciencia el regreso de Márquez y los suyos.

Trascurrió un dia y no se presentaron.

—¿Se habrán perdido? exclamaban algunos.

—¡Oh, no! son buenos náuticos, decia Colon, y tan expertos que fácilmente sabrian volver guiados por las estrellas á falta de otros indicios.

—Pues en ese caso, dijo Alonso de Ojeda, permitidme que vaya á buscarlos con algunos otros hombres. Parece una temeridad, pero es necesario hacer una tentativa, porque al fin y al cabo tenemos el deber de ampararles, y en todo caso de castigar á los que se hayan atrevido á injuriarles.

Dispúsose para el dia siguiente la formacion de varias partidas, con el fin de que cada una, con un trompetero que diese las señales necesarias, saliese en busca de aquellos nueve hombres.

Al mismo tiempo se dispararon desde los buques cañona-

zos, y algunos de los tripulantes bajaron á las playas á disparar sus arcabuces.

Nada se consiguió sin embargo.

Por la noche volvieron las partidas que habian salido, fatigadas y en el mayor desaliento, porque no habian hallado rastro alguno de sus hermanos.

Durante aquella expedicion habian registrado muchas chozas, en las que hallaron pruebas del antropofaguismo de los indios.

Habia miembros humanos curándose al sol, sin duda alguna para calmar más tarde el hambre de aquellos caníbales.

Asimismo vió Ojeda en una choza la cabeza de un joven desangrándose todavía, y al fuego, en una especie de sarten que habian abandonado á su llegada los moradores de la choza, los restos de un cuerpo, mezclados con carne de gansos y de loros.

Al sentimiento que producía en Colon la desaparicion de sus compañeros, se unía su indignacion natural, puesto que de no haber perecido, habian desobedecido sus órdenes, habian faltado á las prescripciones que les habia hecho ántes de partir, y solo por eso se encontraban perdidos.

La creencia de que hubieran sido víctimas se arraigó más y más en los navegantes al ver que durante el dia y cuando cesaron los disparos, se presentaban en la playa muchos indios; pero apenas escuchaban el estampido de las lombardas, huían despavoridos á refugiarse en los bosques.

Algunas mujeres se acercaron á la orilla del mar, y en las demostraciones que hacían daban á entender que eran cautivas de los naturales del país.

Colon mandó que fuesen barcas á buscarlas, y al llegar á su lado dispuso que las adornasen con cascabeles y las entregasen cuentas de vidrio y sartas de abalorio, y una vez engalanadas con estos atavíos, mandó que volvieresen á la playa,



Vió Ojeda la cabeza de un joven desangrándose.

encargándoles que dijese á los caribes que venian deseosos de paz, que su anhelo era protegerlos y ampararlos colmándoles de regalos por el estilo, y que por lo tanto debian acudir allí como amigos.

Fueron, en efecto, á cumplir este mandato; pero poco despues se presentaron de nuevo en la orilla pidiendo amparo, y sin los atavíos que acababan de recibir.

Aquella vez dijeron las mujeres que sus amos, los indígenas, les habian robado aquellos objetos y refrieron que habia muy pocos hombres á la sazón en la isla, porque casi todos ellos habian salido algunos días ántes con el rey en diez canoas, á visitar las islas inmediatas en busca de botín.

Pero cuando los hombres se alejaban con este objeto, las mujeres se quedaban á defender la isla, y competian con ellos en el manejo de las flechas, en el espíritu aventurero, en el valor, en la fuerza, en la audacia.

Algunas de aquellas pobres mujeres dieron sin duda noticia á las demas de la afectuosa acogida que los extranjerolos dispensaban, puesto que aquella tarde y aquella noche acudieron otras muchas esclavas y algunos jóvenes cautivos.

Los navegantes no pudieron ménos de horrorizarse al saber á qué circunstancia debian la vida aquellos jóvenes.

En efecto; los caribes, al caer sobre cualquiera de las islas que visitaban, se apoderaban tambien de los niños, y tenian la crueldad de mantenerlos á su lado, de engordarlos, para devorarlos cuando estuvieran completamente desarrollados y en sazón de satisfacer su voraz y bestial apetito.

Para que sus carnes fueran más tiernas y más sabrosas, les sometian á operaciones crueles.

¡Cuán distinto cuadro se ofrecia á los ojos de Colon en aquella isla de lo que habia visto en la de Haití!

Vivos deseos se despertaban en su alma de bajar con sus

hombres á la playa á acabar de una vez con aquella raza maldita que tanto daño producía en torno suyo.

Pero si tal hacía, si aquellos hombres, acostumbrados á la guerra, diestros conocedores del país y poseedores de envenenadas flechas, diezmaban sus filas, no realizaba el pensamiento de los monarcas, no realizaba su propio pensamiento, y mal de su grado tuvo que renunciar á aquella empresa infructuosa, acaso desgraciadamente, porque no hubiera acabado con todos los caníbales.

Quiso partir; pero ¿cómo continuar la marcha dejando en poder de aquellas fieras á sus compañeros? Y por otra parte, ¿cómo detenerse cuando debía esperarle con ansia la guarnición que había dejado en la Española?

Pensó dejar una de las embarcaciones á la orilla para que aguardase la vuelta de Márquez y los suyos, pero renunció á este propósito por temor de que la embarcación entera fuese presa de los caribes.

En medio de estas dudas, se presentó de nuevo á Colon Alonso de Ojeda.

—¿Deseáis partir, le dijo, y teméis condenar á muerte con vuestra partida á nuestros amigos y á nuestros hermanos? Pues bien; la exploración de ayer ha sido infructuosa. Concededme á mí solo el mando de cuarenta hombres, y yo me ofrezco á penetrar con ellos hasta el interior de la isla, á registrar todos sus bosques, todas sus cuevas, hasta hallar á los que buscamos.

Colon aceptó este generoso ofrecimiento, y resuelto á partir de un modo ú otro cuando volviera, empleó el tiempo que debía transcurrir en su nueva expedición abasteciendo de agua y leña las embarcaciones.

¿Habían perecido Márquez y los suyos á manos de los caníbales?

Sigamos á Ojeda en su arriesgada empresa y lo sabremos.

CAPITULO XL.

Donde parecen los perdidos.

Escogió Alonso de Ojeda á cuarenta soldados de los más aguerridos, y partió al romper el alba en busca de Diego Márquez y los suyos.

Llevaba municiones bastantes para poder disparar los arcabuces ciento cincuenta veces, y tanto para amedrentar á los habitantes de la isla como para intimidar á sus compañeros que se acercaban, dispuso Ojeda que de tiempo en tiempo disparase cada cual su arcabuz.

Por otra parte los trompeteros que llevaban tocaban las señales convenidas, sin que por desgracia descubrieran el menor indicio del paradero de sus hermanos.

Solo el eco respondía á su llamamiento.

A pesar del afán que tenía Ojeda por recorrer toda la isla y registrar hasta sus más pequeños pliegues, le asustaba la idea de perderse, lo cual no era difícil, porque los bosques formaban un verdadero laberinto y la vegetación era tan igual que no había medio de conocer cuál era la senda que debía tomar para volver á la playa.

De cuando en cuando había grupos de chozas todas abandonadas.

Para un hombre del carácter de Ojeda, la situación en que se encontraba ofrecía un interés inmenso á sus ojos.

En efecto, estaba en un país más rico, más espléndido, más